

cias *finas* que despedían mis desconocidas, me embriagaban.

»La madre era la única sombra en aquel cuadro de luz y de alegría.

—Mi situación es difícil—pensé,— porque yo no me atrevo aún á pedirle la mano de cualquiera de estas niñas, y ella no tolerará que yo las obsequie y enamore, aunque hasta ahora parece que lo tolera, gracias al candor de sus niñas.

»Al entrar en el salón, después de dejar los abrigo los cuatro, por mi cuenta, en el guarda ropa, tropecé con un mascarón envuelto en un dominó negro, todo negro: parecía un dependiente de la eternidad.

—Dispéñeme Vd.—le dije y el mascarón me miró de alto á bajo, como midiendo mi estatura con la vista, y continuó su paseo, sin responder palabra.

»Creí que una de mis máscaras decía en voz baja á la otra, á la hermanita:

—Me había parecido Fulano.

—¿Quién será Fulano?—me pregunté.

»Pocos momentos después, la máscara maternal empezó á sentir los primeros síntomas de la debilidad de estómago, y á la mañana siguieron las niñas, como hijas de tal palo.

—¿Tú serás forastero?—me preguntó la aldeana, oprimiendo cariñosamente mi brazo derecho con su manecita.

—¿Seré?—No sé lo que seré mañana—contesté,—pero hasta hoy, soy natural de Madrid.

—¡Paisano nuestro!—repitieron con infantil alegría las mascaritas.

»Maquinalmente volví la cara, y vi al mascarón negro que nos seguía.

—¡Caramba!—murmuré.—Ya me va á mi cargando este mamarracho.

—¿Qué feliz será tu novia!

—¿Tienes novia?

—Lo que yo tengo es una debilidad horrible—repitió la mamá, sacando dos manos cubiertas con guantes de guardia civil de caballería y envuelta en

un capuchón de bayeta verde sobre el cual en otra generación se tiró el *pego* á la inocencia ambiciosa.

—¿Quiéres tomar algo?—pregunté con timidez, calculando la escasez de mis recursos y lamentando la ruindad de mi padre que, en lugar de cuarenta no me había dado cuarenta mil reales para la *juerga*.

—Bailaremos esta habanera—indicó mi aldeana,—y después iremos donde tú gustes, nene.

»Este *nene* fué para mi un balazo en medio del corazón.

»La orquesta preludiaba una de esas habaneras, llamémoslas así, que imitan en su compás el balanceo de una lancha en el estanque del Retiro.

»Yo no bailaba apenas, pero ella, mi aldeana me guió al salón, después de convenir con su mamá y su apreciable hermana la jardinera, en el sitio en que habíamos de reunirnos después de la habanera.

—Cuidado, niña,—dijo la máscara mayor de edad;—cuidado, caballero.

—No tema Vd.

—No tenga Vd. cuidado.

—Mucho juicio.

»En seguida rompimos á bailar: yo me movía como si me llevaran con andadores, y procuraba encajar en el compás, pero inútilmente.

»Nos alejamos de la máscara de bayeta verde y de la otra niña, que también encontró caballero danzante y dejó sola á su madre.

»Con esta nadie se atrevió.

»La muchedumbre de bailarines se apiñaba, se codeaba; mi pareja y yo caímos sobre otra pareja que ya habían derribado las oleadas de Terpsicore (y Vds. perdonen este arranque *poético*), y en poco nos revientan las parejas que venían detrás.

»En este conflicto perdí mi sombrero, y las pesquisas que practicamos para encontrarle fueron inútiles.

—Así estás más fresco—me dijo mi aldeana sonriendo con tanta gracia, qu